

clérigos que presenciaban continuamente la ferocidad de los bárbaros, no pusiesen en olvido por esto las antiguas máximas de la mansedumbre eclesiástica. Les veda, bajo la pena de ser excluidos para siempre de

última sobre el misterio de la Santísima Trinidad. San Justiniano sobrevivió á su hermano San Justo, y murió antes del concilio celebrado en Valencia el 546.

San Nebridio fue obispo de Égara, hoy Gea de los Caballeros, y despues de Barcelona: esta es la opinion mas comun, y consta por las suscripciones de los concilios Tarraconense, Gerundense, Toledano 2.º y Barcinonense. De Nebridio dicen San Isidoro, el abad Tritemio y otros, que escribió algunas obras, pero no nos queda memoria alguna de ellas. Lo mismo afirman de San Elpidio, sin que podamos decir de qué género fueron sus escritos, como tampoco consta qué silla ocupó, aunque no se duda que fue obispo.

Mas noticias tenemos del grande obispo de Toledo Montano, electo en 527. De él nos dice San Ildefonso en el cap. 3 de su catálogo de los varones ilustres lo siguiente: «Montano despues de Celso tuvo la cátedra de Toledo, primera silla de la provincia Cartaginense. Fue hombre de grande virtud de espíritu, dulce y afable en su trato; reformó y puso un concierto y orden celestial en el gobierno de su provincia. Escribió dos cartas bien concertadas para provecho de la disciplina eclesiástica, de las cuales dirigió una á los moradores de la ciudad de Palencia, en la que con grande autoridad prohíbe á los simples presbíteros consagrar el crisma, y á los obispos las iglesias de agena diócesis. Vitupera tambien y condena á los que mostraban algun apego á la secta de Prisciliano, aunque no obrasen conforme á su nefanda doctrina. Por la otra epístola dirigida á Toribio (entonces monge, antes gobernador de la provincia) le alaba por haber destruido los ídolos y los sacrificios que se les ofrecian. Le encarga tambien y le da autoridad para que con grande rigor prohiba á los clérigos hacer el crisma, y á los obispos consagrar las iglesias de otros obispados. De este santo arzobispo se cuenta por

las órdenes superiores, el verter sangre humana por causa ninguna, ni aun para defender una ciudad sitiada (*).

El segundo concilio de Toledo celebrado en el

fiel y antiquísima relacion, que para mostrar la falsedad de una calumnia con que se le imputaba un pecado vergonzoso, sostuvo en las faldas de su ropa durante la celebracion de la misa una porcion de brasas encendidas, y acabado el sacrificio dejó caer el fuego que estaba tan vivo como antes, quedando su ropa intacta; por cuyo milagro dieron todos gracias al Señor. Fue su vida gloriosa en tiempo del Rey Amalarico, y tuvo nueve años la dignidad del pontificado." Hasta aquí San Ildefonso. Las sobredichas cartas de Montano se conservan enteras, y se pueden ver en las colecciones de los concilios de Aguirre y Loaisa, como tambien algunos otros hechos de este santo prelado. Florecieron asimismo por este tiempo Sergio de Tarragona, Profuturo de Braga, Juan de Zaragoza, San Aprigio de Badajoz, San Laureano de Sevilla, y otros muchos.

(*) Berault atendiendo mas al orden de la disciplina eclesiástica establecida en los diferentes sínodos de occidente, que al de los tiempos en que aquellos se celebraron, habla del concilio de Lérida antes que del 2.º de Toledo, á pesar que este fue muy anterior á aquel. Congregáronse en el de Lérida siete obispos y su presidente Sergio, metropolitano de Tarragona. Formaron diez y seis cánones ó decretos, á los que suscribió, despues de los ocho prelados, Grato, presbítero diputado de Stafilio, obispo de Gerona. Se tuvo este concilio en el año 546, decimoquinto del Rey Tendis ó Tendio; así lo demuestra el cardenal de Aguirre en el tom. 2 de su coleccion pág. 286.

En el mismo año se celebró un concilio en esta ciudad de Valencia, al que concurrieron seis obispos cuyas sillas no se expresan; á saber, Celsino, Justino, Reparato, Setabio, Benagio y Ampelio, y el arcediano Salustio, vicario del obispo Marcelino. Establecieron seis cánones, todos concernientes á la mayor perfeccion del clero.

año 521 (*) confirmó los antiguos cánones acerca de la continencia de los clérigos, y de la prohibición de matrimonios entre parientes de todo grado de parentesco conocido. Señala este concilio los intersticios de las órdenes de una manera clara é instructiva. El primer cánón dice que los niños destinados al clericaliato serán desde luego tonsurados y puestos en el grado de lectores. Adviértaseles cuando tengan diez y ocho años cumplidos, que aun pueden casarse, y si aprecian libremente guardar continencia, concédaseles la orden del subdiaconado á los veinte años. Podrá conferírseles el orden del diaconado á los veinticinco cumplidos, si su conducta ha sido irreprochable. Si habiendo sido casados prometen en la edad de la razon guardar continencia con el consentimiento de sus mugeres, podrán aspirar á las órdenes sagradas. El mismo concilio nombra á Toledo metrópoli, y

(*) No sabemos cómo pudo asignar Berault el segundo concilio de Toledo al año 521. En cuasi todos los egemplares de este sínodo se ve señalado el año quinto de Amalarico, que corresponde, segun el cómputo mas seguro, al 527; y el único egemplar que varía, es decir, el del arzobispo D. Rodrigo, aun le hace posterior, pues le asigna al año segundo de Teudis, sucesor de Amalarico, bien que no se debe seguir este parecer como lo manifiesta Aguirre. Cinco fueron los decretos de este concilio, cuyos principales reglamentos se conocen bastante por lo que nos dice nuestro historiador. Suscribieron Montano, presidente, metropolitano de Toledo, Pangario, cuya silla se ignora, Nebridio de Égara, Canonio, Pablo, Domiciano y Maracino que tampoco espresan sus sillas, y Justo de Urgel, que es el santo hermano de Nebridio de quienes antes hablamos.

esta es la primera vez que se le da tal título (*).

21. Estaba sentado entonces Bonifacio II en la Cátedra de San Pedro, á la que le elevaron el 15 de Octubre de 530, un mes ó dos despues de la muerte de Felix III. Era Bonifacio romano de nacimiento, pero godo de nacion. No agradó su eleccion á todos; eligieron al propio tiempo á un cierto Dióscoro, que

(*) Despues del de Toledo y antes del de Lérida se celebró otro sínodo en Barcelona, el año 540. Asistieron á él Sergio, metropolitano de Tarragona, Nebridio, obispo de Barcelona trasladado á esta silla de la de Égara, Casonio de Ampurias, Andres de Lérida, Stafflio de Gerona, Juan de Zaragoza y Asélo de Tortosa. Establecieron diez cánones, y mandaron los padres en el primero, que antes del cántico de los laudes se recitase el salmo quincuagésimo; en el segundo, que se diese la bendición á los fieles en maitines como se daba en las vísperas: en el tercero, que ningun clérigo criase cabellera ni se rapase la barba: en el cuarto, que el diácono en ningun caso tomase asiento juntamente con los presbíteros, es decir, que no tuviese voz en sus congresos: en el quinto, que los presbíteros ordenasen las colectas ú oraciones á presencia del obispo: en el sexto, que los penitentes que usan de hábito religioso y de tonsura ocupen el tiempo en ayunos y oraciones: en el séptimo, que los mismos no asistan á convites, ni se entrometan en negocios del siglo. El octavo ordena, que los que estando enfermos pidieren y recibieren la penitencia, si despues convalecen, hagan vida de penitentes, y estén apartados de la comunión hasta que el sacerdote apruebe su vida: „mandamos empero, dice el nono, que á los que estuvieren enfermos, se les dé el viático.“ Respecto de los monges dice el décimo que se guarde lo que mandó observar el santo concilio de Calcedonia. Tales son los decretos del sínodo de Barcelona, los que hemos referido para que se conozca de todo punto el celo y espíritu de perfeccion que animaban á aquellos santos obispos de España. Véanse sobre todos estos concilios las colecciones de Loaisa y Aguirre.

habiendo muerto un mes despues sepultó consigo el cisma. Condenóle y anatematizóle Bonifacio despues de su muerte; hecho que se atribuyó á un resentimiento mas propio de la dureza de su origen bárbaro que de la mansedumbre conveniente al Vicario del Salvador de los hombres. Señaló por su sucesor al diácono Vigilio con igual disgusto de todos, y coactando á los obispos á obligarse por escrito y con juramento á la egecucion del decreto que formó en un concilio. Este decreto sin embargo, fue en breve anulado como contrario al espíritu de los cánones y á la dignidad de la Silla apostólica. Reconoció su falta el mismo Bonifacio, y redujo á ceniza públicamente el escrito con que habia intentado ligar á los obispos. Poca vida concedió el Señor á este Pontífice inquieto, pues murió en el mes de Octubre ó Noviembre del año 532, sucediéndole Juan II, por sobrenombre Mercurio, romano de origen como de nacimiento, y presbítero del título de San Clemente.

22. Llevaron á su tribunal á fines del pontificado de Bonifacio un negocio de mucho interés (1). Habiendo sido acusado Estévan, metropolitano de Larisa en Tesalia, ante el patriarca de Constantinopla, declaró que no dependia de esta silla sino del Papa, como todos los obispos de la Iliria. Condujéronle á pesar de esto á viva fuerza á Constantinopla, donde el patriarca Epifanio pronunció sentencia contra él, tomando todas las medidas posibles para que no se escapase y fuese á Roma. Mas el arzobispo no

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1691.*

pudo verificar su viage en persona, pero encontró medio de enviar su representacion por mano de Teodosio, obispo de Echina y uno de sus sufragáneos. Este presentó efectivamente en su nombre y en el de otros muchos obispos de la provincia de Tesalia sus quejas contra la sentencia dada en Constantinopla, con perjuicio de la jurisdiccion de la santa Sede. „Es incontestable, dice, que aunque la Sede apostólica se atribuye justamente el primado sobre todas las iglesias del mundo, tiene un derecho particularísimo sobre las de Iliria.” El Papa reunió un concilio, cuya decision se ha perdido en su tenor espreso, pero sabemos haber conservado los derechos del patriarcado de occidente.

23. Celebraron el año 533 en Orleans un concilio mucho mas conocido, y dicen ser el segundo de esta ciudad. Fue muy concurrido, y compuesto de los obispos súbditos de los tres Reyes Teodorico, Childberto y Clotario. Estos Príncipes cristianos, pero bárbaros, hicieron por largo tiempo una estraña mezcla de las obras de celo piadoso, y de los escesos de crueldad, despues de haberse manchado con la sangre de sus sobrinos, hijos de Clodomiro, cuyos estados querian invadir. Despues de este cruel hecho congregaron á sus respectivos obispos en Orleans como la ciudad mas al propósito para las diversas diócesis, á fin de trabajar en el restablecimiento de la disciplina. Era la simonía uno de los mayores males que affligian á la Iglesia, progresando cada dia con mas rapidéz. Mandó, pues, el concilio que se escluyese en-

teramente del episcopado, como á réprobo, á cualquiera que intentase conseguirle con dinero. Prohibió á todo sacerdote el vivir con legos, bajo la pena de ser privado de las funciones del sacerdocio: tan contagiosa parecia la corrupcion del siglo para los eclesiásticos, que debian vivir solos ó con personas de su estado en una especie de comunidad. Renovaron la prohibicion hecha ya antes de ordenar diaconisas, á causa de la fragilidad de su sexo; y se escomulgó á los abades que despreciasen las órdenes de los obispos.

Veintiseis obispos concurrieron á este concilio sin contar los diputados de cinco ausentes, y juzgamos que le presidió Honorato, arzobispo de Bourges. Tambien asistieron otros cinco metropolitanos, á saber, Flavio de Ruan, sucesor de San Gildardo, Leon de Sens, Injurioso de Tours, Juliano de Viena, sucesor de San Avito, y Aspasio de Eausa. Tomaron asiento los padres del concilio conforme á la costumbre, segun la dignidad de su silla, sin respeto al tiempo de su consagracion, aunque digan lo contrario otros autores por otra parte muy exactos, porque pueden haberse engañado por el orden arbitrario de las suscripciones. En efecto, Cronopio de Perigord, cuya suscripcion sigue á las de Aspasio de Eausa, de Leoncio de Orleans y de Eleuterio de Auxerre, era mas antiguo en el episcopado que estos tres obispos, pues habia asistido al primer concilio de Orleans con los predecesores de ellos.

24. Veneran á Flavio de Ruan en su iglesia con el nombre de San Fliano, y se conserva su cuerpo

en San Martin de Pontoisa. Fundó el Rey Clotario en su tiempo en Ruan el monasterio de San Pedro y San Pablo, que tomó en los siglos posteriores el nombre de San Ouen. Leon de Sens y Juliano de Viena merecen tambien la veneracion como Santos. Aunque Injurioso no haya recibido públicamente el mismo título, mostró en todas las cosas pertenecientes á la Religion un celo que solo brilla en los Santos. El Rey Clotario habia mandado que todas las iglesias de su reino le pagasen la tercera parte de sus rentas, y muchos prelados por un espíritu de pusilanimidad, ó por miras aun mas reprehensibles de interés y de ambicion, no imaginaron ni aun reclamar semejante abuso. Mas el digno sucesor de San Martin se presentó al Monarca, y le dió á conocer con tanta eficacia el peligro á que se esponia en apropiarse los dones ofrecidos á este gran Santo, que el Rey se condenó á sí mismo, pidió perdon, y rogó al obispo que intercediese por él con su santo predecesor (1). Los obispos mas célebres por sus eminentes virtudes entre los demás de este concilio son San Ló de Coutanza, San Eleuterio de Auxerre, San Inocencio de Maus, San Agripino de Autun y San Galo de Auvernia, á quienes ha consagrado público culto la Iglesia.

25. San Remigio, de quien poseemos el testamento cuya autenticidad no puede negar la mas rigurosa crítica, murió á principios de este año de 533. Instituye en él por herederos con la iglesia de Rems, á Lupo, obispo de Soissons, y al presbítero Agricola

(1) *Gregor. Turon. lib. 4. hist. cap. 2.*

sus sobrinos. Por sus diferentes donaciones conocemos que era muy rico en tierras patrimoniales y en esclavos. El don mas digno de atencion entre los muchos hechos á la iglesia es un vaso magnífico que habia recibido del Rey Clodoveo, y del cual mandó labrar un copon y un cáliz. Hizo grabar sobre el cáliz que debia servir para la comunión del pueblo, tres versos latinos, que anteriormente habia puesto ya en un vaso de la iglesia de Laon (1). Estos versos demuestran de la manera mas clara y mas expresiva, que el cáliz consagrado contiene la misma sangre que manaron las llagas del Redentor. Refiere Hincmaro, que obtuvo la misma silla largo tiempo despues de Remigio, que este cáliz se habia conservado hasta sus dias, y que se fundió para rescatar á los cautivos de la servidumbre de los normandos. Ordena San Remigio al presbítero Agrícola que posea una viña con la obligacion de hacer por él una ofrenda en el altar las fiestas y domingos, y dar todos los años una comida á los presbíteros y diáconos de la iglesia de Rems. Comenzaron por el celo de la paz y de la concordia estos banquetes de caridad, demasiado comunes en los siguientes siglos.

26. Fueron la gloria del pais de Reims durante su episcopado muchos Santos y Santas fieles á las lecciones y egemplos de tan digno pastor. Nada causó tanta admiracion como una familia de siete vírgenes cristianas que moraban en las inmediaciones. Habian recibido todas el velo de mano de San Albino de Cha-

(1) *Biblioth. nov. Labb. tom. 1. pag. 806.*

lons, y correspondieron tan perfectamente á sus esperanzas, que todas merecieron el honor de Santas. Menhou, la mas jóven, es la mas conocida, y de ella tomó el nombre de Santa Menhou la ciudad llamada antes Auxuena. En esta época y á la misma provincia llegó á escitar la admiracion una familia recién venida y aun mas numerosa de Santos extranjeros. San Gibriano su cabeza, era el mas célebre de esta compañía compuesta de siete hermanos y tres hermanas. Habian nacido todos en Irlanda, y la gloria de las iglesias de la Galia les obligó á dirigirse á ella, y allí se consagraron á los egercicios de la piedad en diferentes monasterios, porque el número de estos piadosos asilos tomaba aumento por todas partes.

27. Encontramos desde entonces en sola la provincia de Neustria, llamada despues Normandía, tres célebres maestros de la vida cenobítica en los Santos Marcou, Evroul y Bigor. San Marcou, oriundo de Bayeux, fue ordenado presbítero por San Posesor de Coutanza y admitió el cargo de anunciar la palabra de Dios; mision que cumplió con la felicidad de un apóstol, confirmando con ilustres prodigios lo que anunciaba. Contribuyeron á sus designios muchos prelados que se valieron de él para levantar en distintos lugares de las Galias monasterios, de los cuales el de Nantevil en el Contentin fue el primero. Condújole su celo hasta la gran Bretaña, donde comunicó á sus naturales el mismo espíritu de retiro y desprendimiento del mundo. Despues volvió á poner fin á su carrera en Nantevil, monasterio arruinado posterior-

mente por las irrupciones de los normandos, y desde donde trasladaron el cuerpo del Santo á la diócesis de Laon, á un lugar llamado entonces Corbigni, y que poco á poco se quedó con el nombre de San Marcou. Levantó allí un monasterio el Rey Carlos el simple, cuya iglesia adquirió celebridad por los frecuentes milagros que acaecian en ella, particularmente en la curacion de los lamparones ó tumores.

28. Acostumbran desde muy antiguo los Reyes de Francia visitar las reliquias de San Marcou, despues de haber sido ungidos. Ignoramos no obstante el origen no menos que el tiempo en que pueden haber recibido del cielo el don de curacion tan propio de la beneficencia paternal, que fue siempre su carácter. No cabe duda, como dice Guiberto (abad de Nogent que vivia á fines del siglo undécimo) que la buena fe de los pueblos atribuía entonces este privilegio á los Monarcas franceses, y que las personas ilustradas miraban sus felices efectos como un milagro verdadero (1). Dice este abad, que los enfermos atormentados de humores frios, corrian en gran número al Rey Luis el gordo, que les alargaba la mano con benignidad y los curaba haciendo sobre ellos la señal de la cruz; y era mirado este poder maravilloso como anexo á la piedad hereditaria de aquellos Reyes, de modo que la nacion se gloriaba de que los Príncipes vecinos no osasen intentar cosa semejante; y si los Reyes de Inglaterra quisieron persuadir que po-

(1) Guibert. de pign. SS. cap. 1.

seían el don de curar la misma enfermedad, fue despues que llegaron á ser Reyes de Francia (*).

San Evreul, hombre distinguido en la corte de Childéberto, despreció toda la pompa mundana, y exhortó á su muger á que abrazase el estado religioso, retirándose él á la diócesis de Lisieux en el bosque de Ouche, que no era mas que una guarida de ladrones y asesinos. Convirtió á una parte de aquellos bandidos, y reunió un número tan grande de discípulos que construyó mil quinientas celdas al rededor de la suya. Correspondió en breve á sus piadosos designios la liberalidad de los fieles, y edificó catorce monasterios así de hombres como de mugeres. El de Ouche, que hoy tiene el nombre de Evreul, era el principal, y como el centro y cabeza de todos los demás. Hubo otro santo abad del propio nombre venerado como uno de los patronos de la ciudad de Beauvais.

Honró tambien la vida monástica San Bigor, aunque obispo, edificando monasterios durante su episcopado como lo habia verificado antes. No existe ya mas que el de Cerisi, arruinado con los demás en las irrupciones de los normandos, y reedificado despues por los duques Roberto y Guillermo su hijo. Mantuvo San Bigor el esplendor de la silla de Bayeux, que

(*) Es digno de alabanza el celo del autor por la gloria de los Soberanos de la nacion que sostuvo su cuna. Los buenos franceses han mirado siempre como suyos los laureles y la aureola que cubria (¡en mas felices tiempos!) el solio de sus legítimos y cristianísimos Reyes.

se gloriaba de que entre siete obispos que la habian ocupado no habia siquiera uno que no se contase en el número de los Santos.

29. Dió primero San Fridolino, originario de Irlanda, grandes egemplos en el monasterio de San Hilario de Poitiers, del cual fue abad. Lleno de un extraordinario celo por la gloria de este padre de la Iglesia, pasó á las regiones orientales del imperio francés, en los desiertos de Vogé en el pais de Strasburgo, y en lo interior de la Suiza; erigiendo en todas partes iglesias con la advocacion del grande Hilario, en las cuales colocaba algunas reliquias. La veneracion que este Santo mereció en aquellas provincias, y especialmente en Suiza, se puede conocer por las armas del Canton de Glaris, que no son otra cosa que el retrato de este ilustre solitario.

30. Poblaron igualmente las montañas salvages de la Auvernia hombres del todo celestiales. Sobresalian entre ellos San Pourcain y San Calais. Este abrazó la vida monástica en el monasterio de Menat; despues pasó al de Mici, donde le ordenó presbítero el obispo de Orleans; é internóse despues hácia el Maine, en donde levantó el monasterio que tiene su nombre. San Pourcain de esclavo que habia sido, ascendió á abad de Miranda en su pais nativo. Ocultó con el esplendor de sus virtudes la obscuridad de su cuna, y mereció el respeto general tanto de su Soberano el duque de Auvernia como del Rey Teodorico que hacia la guerra en aquella provincia. Subiendo de punto despues de su muerte la fama de su

virtud y de su poder para con Dios, dejó el monasterio el nombre de Miranda y tomó el de San Pourcain, del mismo modo que la ciudad que se fundó en su cercanía. San Juniano y San Leonardo, este abad y aquel recluso en el Lemosin, mudaron tambien el nombre de dos ciudades con la celebridad del suyo.

31. Entre los innumerables Santos que honraron por aquel tiempo la vida monástica en las Galias, ninguno fue tan ilustre como San Juan, abad y fundador del monasterio de Reomaus en Borgoña, llamado así por el riachuelo Reoma sobre el cual está situado (1). La regla que se observaba en Reomaus y que mereció los mas grandes elogios, era copiada de la de San Macario de Egipto, en quanto lo permitian nuestros climas. Recorrió el abad San Juan los monasterios mas célebres en toda la éstension de las Galias, para llevar á sus discípulos una observancia enteramente practicable. Con este fin se mantuvo diez y ocho meses, y no diez y ocho años como han dicho algunos con poca verosimilitud, en el monasterio de Lerins, que estaba entonces en la cumbre de su gloria. Era tal su desprendimiento de quanto el hombre mas ama en este mundo, y tan grande su celo en inspirar á sus discípulos la separacion del trato con personas de otro sexo, que habiendo ido á visitarle su madre despues de una ausencia muy larga, no quiso hablarla, y le pareció que hacia mucho en dejarse ver pasando por delante de ella. Despues de

(1) *Vit. S. Joan. in hist. Reom.*